

JUAN GUTIERREZ

Coordinador de Gernika Gogoratz



Gernika como brújula de conflictos

GERNIKA es símbolo de la identidad vasca y símbolo mundial de paz. Su Ayuntamiento y pueblo han recordado el bombardeo con diversos actos en los que participan delegaciones de Pforzheim y Berga, dos ciudades hermanadas de Alemania y Cataluña, los países de los aviones y pilotos que hicieron aquella destrucción y matanza.

La conmemoración es también una reconciliación con los que fueron los agresores en 1937.

Gernika Gogoratz, Centro de Estudios por la Paz, que inició su trabajo en 1987 por decisión del Parlamento vasco, ha participado en los actos organizando junto con el Ayuntamiento las III Jornadas Internacionales de Cultura y Paz del 23 al 26 de abril. Al igual que en las jornadas anteriores se ha tratado en éstas de conflictos, de cómo entenderlos mejor y tratarlos buscando las paces entre los contendientes; búsqueda, en la que, además de la buena voluntad, entra en juego la ciencia en su vertiente práctica.

En julio de 1992 International Alert propuso a Gernika Gogoratz convocar juntos en Gernika a expertos en Resolución de Conflictos de todo el mundo para intercambiar experiencias y dialogar sobre cómo educar y entrenar para aprovechar las posibilidades de paz que esconden los conflictos.

IA es la segunda organización, creada por Martin Enskill, fundador de Amnesty International. Se ha especializado en la «alerta temprana», esencial para la prevención de conflictos, y en el entrenamiento, esencial para resolverlos bien. A esta convocatoria conjunta han respondido expertos de Austria, Colombia, Costa Rica, Croacia, Chipre, EEUU, Eslovenia, Etiopía, Filipinas, Francia, Gran Bretaña,

Holanda, Irlanda del Norte, Israel, Libano, Noruega, El Salvador, Serbia, Somalia, Sri Lanka, Sudáfrica, Tailandia, y junto con ellos unos 60 participantes de seminarios de Gernika Gogoratz está realizando.

RETO DEL CONFLICTO.—La Resolución de Conflictos es el replanteamiento —respaldado por la psicología, historia, antropología, sociología y ciencias políticas— de la forma como se ha venido tratando los conflictos hasta hoy.

Desde el siglo XVII se ha puesto la ciencia al servicio del desarrollo y del progreso. Se ha recurrido también a ella para enfrentarse al reto del conflicto, pero las más de las veces como ayuda para que se imponga la voluntad de uno de los lados aunque sea a costa de destrucción y guerra. En la investigación militar trabajan millones de científicos. Cierta es que también se ha elaborado el derecho para hacer justicia en los conflictos, pero es un instrumento insuficiente por sí solo.

Hoy nos vemos envueltos en conflictos creados y agudizados constantemente por nosotros mismos, pero que escapan a nuestra voluntad y descargan destrucción. No sabemos entenderlos bien, ni medir el alcance y las consecuencias de nuestras acciones, nos equivocamos al calibrar las asimetrías que hay en los conflictos y no alcanzamos a ver muchas de las vías de solución en paz que se pueden abrir en ellos. Las más de las veces cogemos las armas sin necesidad ni provecho y casi nunca sabemos encontrar el día en que dejarlas. No percibimos ni medio bien al ser humano que hay dentro de nuestros oponentes a los que tomamos como enemigos. Derrochamos poder destructivo

en los conflictos. La guerra fría y las armas nucleares son muestra de ello, pero también lo es la contaminación y en pequeña escala el machismo y el maltrato de niños. Hasta muy dentro estamos educados a poner en juego la prepotencia, o a ceder ante ella, y a ser muy poco responsables en el conflicto. Así venimos por los siglos de los siglos, pero así seguiremos bien poco. Ya suena la hora de replantearnos todo esto.

Según el gran maestro de historia, Arnold Toynbee, en cada época surge un reto y sólo se abre paso la historia si se responde adecuadamente a él. La Resolución de Conflictos es un primer intento, aún tanteante y tímido, de responder con paz al reto de hoy a la vida. Aunque se trata de algo reciente, pionero, hoy ya se enseña en más de 300 universidades. Interesa a las Naciones Unidas que cada vez con más frecuencia, aunque no siempre, recurren a ella. Hay varias muestras de ello. La más cercana a nosotros quizá sea los acuerdos de paz en El Salvador elaborados por Alvaro de Soto representante del secretario general de las Naciones Unidas, que dieron fin a diez años de lucha armada entre el FMLN y el gobierno, abrieron un camino difícil pero esperanzador hacia la paz y fueron festejados por ambos contendientes. También otras organizaciones internacionales, como la CSCE, están empezando a actuar según las pautas de la Resolución de Conflictos. Hay varias instituciones, como la Fundación Carter en Atlanta (EEUU) dedicadas a la mediación y a diferentes formas de tratar conflictos.

Para aprender a conducir un coche hacen falta unas treinta y tantas horas de prácticas, y para poder enseñar a otros, bastantes más. No es muy distinto el apren-

Un entrenamiento para manejar los conflictos debe practicar el arte de entenderse a través de fronteras culturales y de engarzar con dichos recursos

dizaje para conducirse en un conflicto, en el que hay que modificar hábitos y comportamientos aprendidos en una cultura marcada por la guerra. Para estoy hay entrenamientos y entrenadores. El actual borrador del Plan de Acción para una Cultura de Paz de la UNESCO insiste en la importancia de estos entrenamientos.

Dos años tardó Gernika Gogoratz en darse cuenta de que el camino de la paz se abre a través del laberinto del conflicto y desde hace tres participa en encuentros internacionales de todo tipo sobre la Resolución de Conflictos, trata de aplicar lo aprendido en los conflictos que afectan al País Vasco y organiza cursillos y seminarios de entrenamiento. En ellos se trata la comunicación, la

negociación, la mediación o lo que se llama la facilitación.

Este trabajo ha despertado interés y Gernika Gogoratz ha sido invitada a preparar o realizar seminarios sobre tratamiento de conflictos en Austria, Bolivia, Colombia, El Salvador y Libano. Ha sido elegida como organizadora de la Segunda Conferencia Europea sobre Construcción de Paz y Resolución en Conflictos que se celebra cada dos años y está convocada en San Sebastián para otoño de 1994. En la conferencia paralela de América del Norte, que esta vez tiene lugar en Portland, Gernika Gogoratz dirigirá el seminario dedicado a los conflictos en la Europa.

FRONTERA CULTURAL.—En los conflictos puede encontrarse naciones, etnias o grupos con culturas diferentes, es decir un valores engarzados en distintos símbolos, rituales, palabras y gestos, y con la identidad de las personas en juego. Del mal o buen entendimiento entre estas distintas culturas puede depender el que se desencadenen o no procesos destructivos, el que se haga o no intratable y crónico el conflicto, y el que se aproveche o desperdicie el sinfín de recursos para su buen tratamiento que cada cultura contiene. Un entrenamiento para manejar los conflictos debe de practicar el arte de entenderse a través de fronteras culturales y de engarzar con dichos recursos, en vez de substituirlos artificialmente con recursos artificiales de fuera quizá por el mismo entrenador. Por eso, la frontera cultural en los conflictos fue el tema central a tratar en estas Jornadas, precisamente Internacionales y de Cultura y Paz.

ENRIQUE BANUS

Director del Centro de Documentación Europea de la Universidad de Navarra



Releyendo el 92

A veces es bueno imaginarse lo que pensarán dentro de 100 años los pacientes investigadores dedicados a estudiar la prensa antigua. Por ejemplo, sobre el mítico 1992. Supongo que acabarán considerándolo un año loco: empezó bien, con grandísima euforia, y terminó con la «gran resaca», la crisis.

¿Por qué ese cambio? Evidentemente, porque hay crisis. Porque, sin cambiar las cosas, ha cambiado la actitud. Un ejemplo: Maastricht. La pequeña y antes olvidada ciudad holandesa se ha convertido en paradigma de una de las modificaciones más extrañas de la opinión pública y se convirtió casi, casi, en un instrumento de tortura que ha despertado todo tipo de demonios familiares. ¿Por qué ha ocurrido esto? Indudablemente, no ha sido por la lectura del propio Tratado. Algunos grupos han removido el asunto. Además, quizá los

gobiernos firmantes sean los culpables del «deterioro ambiental».

Volvieron de Maastricht rezumando euforia y, además, con un discurso ilógico, más o menos como sigue: «Maastricht es bueno, porque hemos nadado y guardado la ropa. En este Tratado europeo, los intereses nacionales han quedado a salvo».

Luego vino el despertar. Y de lunes después de puente: «Hay que apretarse el cinturón. La Europa de Maastricht nos lo exige. Vienen tiempos duros». Sin mucha más información. Pasaron bastantes meses hasta la campaña institucional, que se hizo con un díptico a muchos colores y pagando a diversos humoristas para que nos dijeran que lo del Imperio Romano y lo de Carlomagno eran tonterías, y que la Unión Europea buena era la que se estaba haciendo ahora. Y unos muñequitos dando saltos y brincos en la «tele». ¿A quién

convencerá eso? Resulta una ecuación simple: Falta de información + ambiente de crisis = Europa no compensa. Esa Europa que en tiempos fue un anhelo, en consenso, de las personas de talante democrático.

Quizá hace falta un discurso distinto. Por ejemplo, del estilo siguiente: Estamos ante una situación nueva en Europa, que tiene que asumir un reto decisivo: incorporar a un mundo, los países del Este, que se está desmoronando. Y ayudar a resolver los grandes problemas.

Pero, para resolver situaciones nuevas, hacen falta instrumentos nuevos. En la postguerra, se inventan las comunidades. Y ahora inventamos Maastricht, la Unión Europea, que permite una mayor cohesión entre los que ya están, y que Europa hable con una sola voz en temas de política exterior. Ahora bien, esto exige sacri-

ficio, así que, si no les importa, apríetense los cinturones.

Lógico. Porque todo el mundo sabe que un acuerdo, un contrato, un Tratado, cualquier relación, incluso amistosa, consiste también en ceder en algunos puntos para conseguir unas metas. Metas que compensan. Como compensa la paz en Europa. Y la cohesión. Y que los pobres sean menos pobres. Y que los países del Este se integren sin sustos ni sobresaltos. Y que los inmigrantes sean tratados como personas.

Eso ¿lo entendería el elector? Quizá sí. Un indicio: ante la tragedia de Croacia y de Bosnia, el ciudadano ha reaccionado con su voluntad de acoger a los refugiados. Quizá entienden, pues, ese argumento mejor que el «no te preocupes, yo me ocupo de tus intereses en este mundo europeo que, en el fondo, es malo, porque va a por tí». Este discurso es el que

no cuela. Porque, según dicen los que saben de esto, una de las características de la sociedad postmoderna es que la sociedad civil, el ciudadano, se ha apartado de la política y no cree en ella. No cree en los políticos. Porque esto ya no es la postguerra, y los políticos no se llaman Adenauer, ni Churchill, ni De Gaulle. Ni Schuman ni Monnet.

Por eso, por favor, que nos digan la verdad, toda la verdad del «caso Maastricht» y de esa Europa que nos va a costar a todos, porque vamos hacia grandes desafíos, ante los cuales no podemos andarnos con tonterías, en peleas pueblerinas. Porque dentro de 100 años, cuando lean los periódicos, se preguntarán cómo es posible que a finales del siglo XX, en plena Europa, unos viejecillos mueran de frío. Sucedió en Sarajevo. Y nosotros lo sabíamos. Y estábamos en otra cosa.